

ETERNIDAD

Los hombres se suceden unos á otros como las hojas de los árboles: tal es la vida del cuerpo; la del alma durará siempre.

HOMERO.

¿Quién irá de buena gana por un camino de rosas y flores, si va á parar á la muerte, y quién rehusará un camino áspero y dificultoso, si va á parar á la vida eterna?

SAN JUAN CRISÓSTOMO.

El continuo provecho de las cosas temporales es señal manifiesta de la pérdida del otro mundo.

SAN GREGORIO.

Sólo con la confianza
vivo de que he de morir,
porque, muriendo, el vivir
me asegura mi esperanza...

Aquella vida de arriba
es la vida verdadera:
hasta que esta vida muera,
no se goza estando viva.

SANTA TERESA DE JESÚS.

La tumba es el final de la jornada,
porque en la tumba es donde queda muerta
la llama en nuestro espíritu encerrada.

Pero en esa mansión, á cuya puerta
se extingue nuestro aliento, hay otro aliento
que de nuevo á la vida nos despierta.

M. DE ACUÑA.

El hombre nace á la vida de la carne, al entrar en el mundo; á la vida de la inteligencia y de la voluntad, al entrar en la adolescencia; á la vida social, al entrar en la edad madura; y en fin, á la vida eterna, al morir.

NICOLÁS.

Los haberes y honras tienen fin, mas la vida eterna no lo tiene.

CONTRERAS.

No muere quien á Dios vive.

RUÍZ DE ALARCÓN.

Pensó el amigo en la muerte y tuvo miedo hasta que recordó la ciudad de su amado, de la cual son puertas é ingresos el amor y la muerte.

RAIMUNDO LULIO.

La muerte nos mide á todos por un mismo rasero, nos mete debajo de la tierra y nos olvida en esa prisión universal. Aquí suelen quedar resonando los nombres de esos que se llaman héroes, conquistadores, genios; á la eternidad no llega el retintín de la fama.

Muerte es lección que nos descubre todo: el que sabe la eternidad, no tiene

otra cosa que saber. En este concepto, la sepultura es el pórtico de la verdadera sabiduría.

MONTALVO.

El augusto silencio de la tumba:
«Vida sin fin al virtuoso,» clama.

A. LISTA.

La muerte es verdadera transfiguración. El ser más vulgar crece y se vuelve un ser sagrado en el sepulcro. Encierran los cadáveres en su ataúd sus errores, sus faltas y sus vicios, como si fueran los gusanos de la podredumbre, y sólo exhalan los aromas de la virtud, como si la virtud solamente fuera el alma inmortal. Deberíamos pintar la muerte como divino ángel, sonriente, gozoso, luminoso, que recoge las almas en sus blancas inmaculadas alas y á través de lo infinito, entre los coros de las estrellas, se las lleva para engarzarlas allá en la inmensidad de los cielos. El sepulcro vacío, oscuro, silencioso, donde todo acaba, es un océano de luz y de vida. El problema de nuestra existencia no está en vivir, sino en morir; no está en pasar por este mundo, donde todos combaten, quieran ó no; está en llegar al puerto seguro de la muerte, donde todos descansan. La creencia general no se engaña cuando afirma que nuestra tumba es cuna, nuestro ataúd lecho, y el cadáver perdido para este mundo un recién nacido para otro mundo mejor.

El deseo no satisfecho es una pena. El amor es deseo no satisfecho, deseo inextinguible, y el amor es una felicidad. En el momento en que el deseo se acabara, acabárase también el amor. Y el deseo satisfecho deja de ser deseo. Hay, pues, que conservar el deseo para conservar el amor; hay que conservar la pena para conservar la felicidad. Hay que conservar la muerte para conservar la vida. La muerte es una resurrección.

CASTELAR.

Así, del cielo amado,
fragancias difundiendo expira el justo;
vida encuentra en la muerte, y va sereno,
de espíritus angélicos cercado,
al pie del solio augusto,
de alta esperanza en su justicia lleno.
Vivió, resplandeció, y aroma en torno
de pródiga virtud llenó el ambiente:
vestido de piedad, único adorno
fué la virtud de su elevada frente.
Y cuando, en hora malhadada, vela
sombra de muerte su sepulcro frío,
aureola brillante
donde el Señor su majestad revela
circunda su semblante.

R. M. BARALT.

La eternidad será para cada uno según el uso que haya hecho del tiempo.
Por grande que haya sido un hombre, si no ha trabajado para la vida eterna,
no ha hecho nada.

C. FERNÁNDEZ.

Si la muerte encuentra al hombre dormido, viene como un ladrón, le despoja, le mata y le arroja en el abismo del infierno; pero si le halla vigilante, entonces, como un enviado de Dios, le saluda y le dice: «El Señor te aguarda á las bodas: ven, que te conduciré al reino bienaventurado por el cual suspiras.»

SANTO TOMÁS DE VILLANUEVA.

¿Y no ha de haber un Dios y un refugio para aquellos pocos que el mundo arroja de sí como arroja los cadáveres el mar?

LARRA.

Un vacío, un dolor, una memoria,
sólo deja al morir la criatura;
mas si rauda se eleva hacia la gloria
el alma eterna, refulgente y pura,
¿dónde está de la muerte la victoria?

MERCEDES MARÍN DE SOLAR.

Si no tenemos Dios ni eternidad, si el hombre entero ha de convertirse en polvo, no es necesario que levante los ojos al cielo; lo natural es que se arrastre por la tierra hasta llegar al sepulcro. Sin Dios no hay ciencia, porque no hay verdad; sin Dios no hay libertad, porque no hay derecho; sin Dios no hay poesía, porque no hay inspiración... La materia sólo puede mover é inflamar nuestra parte material; nuestra parte moral, nuestro espíritu se inspira sólo á vista del cielo y con el pensamiento en la eternidad. Sin Dios no hay ciencia, no hay libertad, no hay poesía, nada generoso, nada sublime...; materia sólo, goces de baja ley, corrupción y miseria.

APARISI GUIJARRO.

Pero ¡no!... Tu misión no está acabada;
que ni es la nada el punto en que nacemos,
ni el punto en que morimos es la nada.

Círculo es la existencia, y mal hacemos
cuando, al querer medirla, le asignamos
la cuna y el sepulcro por extremos.

M. DE ACUÑA.

No miréis, no, ojos míos, las cosas vanas de este mundo, vanidad de vanidades, burbujas de agua turbia. Comparad su brillo con los joyeles de la gloria: son menos que fuegos fatuos, son menos que granos de arena que, puestos al pie de un río, arrebatada una undulación, mientras brillan allá arriba, siempre rientes y hermosas, las lentejuelas del cielo como brillantes en una joya. ¿Y por aquellos granos de polvo perderíamos esta corona?

VERDAGUER.

El hombre sin la certidumbre de una vida futura es el más infeliz de todos los animales.

DANTE.

Cuando veo la opresión del justo y el triunfo del malvado, me digo: no, no termina todo en esta vida: todo vuelve á entrar en el orden con la muerte.

Tened vuestra alma en estado de desear siempre que haya un Dios y jamás

dudaréis de su existencia. Lo que nos interesa es que cada uno sepa que existe un árbitro de la suerte de los hombres, padre de todos estos, quien nos prescribe á todos que seamos justos, que nos amemos los unos á los otros, que seamos benéficos y misericordiosos, que cumplamos nuestros compromisos aun con nuestros enemigos; y que después de esta vida hay otra en la cual este Ser Supremo será el remunerador de los buenos y el juez de los malvados.

ROUSSEAU.

¿En qué se funda tu esperanza vana?
Erguidas torres labras sobre arena;
de sueños son tus planes un volumen.

Corre tras hoy el día de mañana,
un instante con otro se encadena,
dan en la eternidad, y allí se sumen.

J. L. VILLANUEVA.

¡El hombre ya no vive de materia:
vive de la verdad! Su alma, tocada
por el fuego divino,
presa no puede ser de muerte incierta;
tiene ante sí la inmensidad abierta:
¡allí, su aspiración y su destino!

C. ENCINA.

Colmada la medida
de los tiempos del mundo, el tiempo mismo
se hundirá en el abismo
de la honda eternidad, madre terrible
que el límite al pasar del crudo plazo
ahogará á su hijo en un abrazo,
dándole en sus entrañas tumba horrible!

J. H. GARCÍA DE QUEVEDO.

Dios se siente y no se explica; se siente como el amor infinito, como el motor del Universo; se siente como una protección, como un refugio; se siente bueno, se siente autor para nosotros de un porvenir eterno, inexplicable, cerrado á los mortales, pero porvenir feliz, bienaventurado, justo y racional, digno, en fin, de tener á Dios por autor. Confianza, pues, corazón sincero, y lánzate animoso en aquel abismo en que desaparecieron tantas generaciones antes que nosotros.

AZEGLIO.

Cuando con tanta estrella desparcida
brilla sin nubes el nocturno cielo,
quisiera suspirando alzar el vuelo
y á su perenne luz juntar mi vida:
este secreto instinto me revela
en soledad y calma
que no es la tierra el centro de mi alma.

J. M. HEREDIA.

La tumba cierra un cielo para abrir otro.

SULLY-PRUDHOMME.

La inmortalidad del alma es una cosa que nos interesa tan profundamente, que es preciso haber perdido todo sentimiento para estar indiferente en lo relativo á nuestro ser. Todos nuestros pensamientos y acciones deben tomar direccio-

nes tan diferentes según los bienes eternos que haya ó no que esperar, que es imposible andar cuerdamente si se pierde de vista este punto, que debe ser nuestro principal objetivo. Nuestro primer interés y nuestro primer deber son los de ver claro en este asunto, del cual depende nuestra conducta. PASCAL.

El que vive debe morir, pasando de la naturaleza á la eternidad.

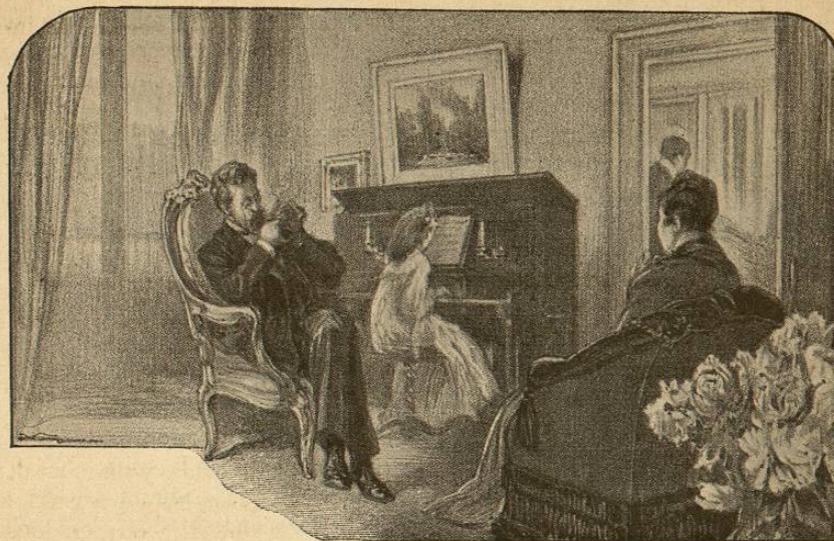
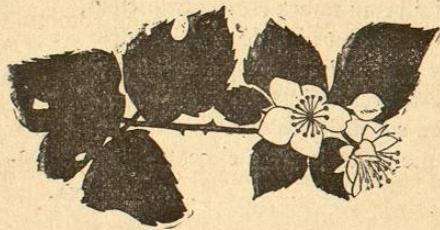
SHAKESPEARE.

El animal que está próximo á morir se abandona á sus instintos naturales. El herido ciervo se embosca en la selva para exhalar el espíritu selvático que lo anima bajo sus sombras hospitalarias: la moribunda abeja deja las flores y corre á morir en sus colmenas para legar su instinto social á su amado reino: ¿y se engañaría el hombre en ese movimiento involuntario que le hace alzar los ojos al cielo en el exceso del dolor para pedir consuelo y alivio? SAINT-PIERRE.

Dejemos á Dios la elección de los accidentes de nuestra vida, y sin mirar demasiado por donde andamos, pensemos solamente en andar bien. Y además, el camino es corto, por largo que sea, y nos conduce á la verdadera vida, en donde viviremos siempre juntos, en donde todo lo que este pobre corazón ha querido, buscado y esperado en vano, le será dado con una medida completa, sobreabundante, y en donde todo lo que ha sufrido estará en proporción mínima con su radiante alegría. ¡Dios es fiel! Esperemos. MADAMA CRAVEN.

Esas jóvenes difuntas que no han hecho ningún mal durante su vida son las bienvenidas del sepulcro, y su cabeza aspira dulcemente, fuera de la tumba, á una corona misteriosa.

Creo, profundamente creo, en un mundo mejor. Y esto es para mí un bien más real que esta miserable quimera que nosotros devoramos y llamamos vida; y esto está constantemente ante mis ojos; lo creo con todas las fuerzas de mi convicción, y después de tantas luchas, tantos estudios y tantas pruebas, esto es el consuelo supremo de mi alma. VÍCTOR HUGO.



CAPÍTULO II

FAMILIA

HOMBRE.—MUJER.—INFANCIA.—JUVENTUD.—VEJEZ.—MATRIMONIO.—ESPOSOS.
VIUDEZ.—HOGAR, FAMILIA.—PADRES.—HIJOS.—PARIENTES.—CRIADOS

HOMBRE

Se necesita más de un día para dar la vuelta á un hombre. *Proverbio ruso.*

Ten muy presente que los hombres, hagas lo que hagas, siempre serán los mismos. MARCO AURELIO.

El oro se prueba con el fuego, la mujer con el oro y el hombre con la mujer. QUILÓN.

El hombre no es infeliz mientras no es injusto. DEMÓCRITO.

Por ignominia afrentosa juzgan los hombres que les llamen mujer, porque les priva este nombre de la superioridad y nobleza que tiene el ser varones; pero